

**APUNTES SOBRE EL MODELO DE COMPORTAMIENTO DE LOS GUERREROS
NOBLES EN LOS TRABAJOS DE DOMINIQUE BARTHÉLEMY Y KARL F. WERNER
(SIGLOS VIII – X)**

María Guillermina ANTONUCCI

Universidad Nacional de Mar del Plata

En toda sociedad es posible rastrear ciertos rasgos y pautas de conducta que, en general, se asocian con determinado sector de la misma, a la par que se espera sean respetados y puestos en práctica por los individuos pertenecientes a dicho grupo. La historia social de las mentalidades ha desarrollado, al respecto, el concepto de *modelo de comportamiento*. Se refiere a las formas del hacer, consideradas en la medida en que arrojan luz sobre el sustento mental que subyace a toda acción. Dicho sustrato está conformado por un conjunto de valores y virtudes que delimitan lo deseable y lo reprobable en cada individuo. Configuran un esquema que orienta los pasos del sujeto, y se expresa, además, en una serie de rituales.¹

El doctor Carlos Barros ha estudiado la aplicación de este concepto a los sectores nobiliarios castellanos durante la Baja Edad Media, profundizando en el llamado *modelo de comportamiento caballeresco*, y refiriéndose en especial al caso gallego.² Así como es posible analizar la cuestión en un momento en que la caballería se encuentra en su madurez, viviendo incluso una serie de transformaciones que irán paulatinamente diferenciándola de lo que fuera en su período clásico del siglo XII, parece factible indagar sobre el estilo de comportamiento de los guerreros nobles durante etapas anteriores a la manifestación plena de dicho modelo. En este sentido, resulta primordial interesarse por lo sucedido en dicho campo, en el seno de la sociedad carolingia y postcarolingia (siglos VIII al X).

Para iniciar la investigación es necesario referirse a dos textos fundamentales que pueden brindar un adecuado contexto a la temática abordada. Se trata del moderno análisis realizado por Dominique Barthélemy en *La chevalerie. De la Germanie antique à la France du XII^e siècle*, y del clásico estudio de Karl Ferdinand Werner, *Naissance de la noblesse*.³ El

¹ José Antonio MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, *Os clérigos na Idade Media*, Noia, Toxosoutos, 2001.

² Carlos BARROS, “Fazañas cabaleirescas”, en *Viva el-Rei! Ensaio medievais*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1996.

³ Dominique BARTHÉLEMY, *La chevalerie. De la Germanie antique à la France du XII^e siècle*, Fayard, 2007. Para este artículo se han analizado los capítulos 2 (“L’elitisme Carolingien”) y 3 (“Vassaux, Seigneurs et Saints”).

presente trabajo apunta a rastrear los datos que estas fuentes académicas aportan para delinear, en estudios posteriores, el modelo de comportamiento de los guerreros nobles en la sociedad carolingia y postcarolingia.

Comenzando por la obra de Barthélemy, éste destaca que, durante la época carolingia (siglos VIII – IX), se da un gran paso hacia la formación de la caballería clásica, que eclosionará finalmente durante el período post-carolingio. Este avance se percibe, en primer lugar, en la progresiva caracterización del combatiente a caballo, que se ve asociado paulatinamente a la condición nobiliaria. Por medio del armamento se busca reforzar y proteger a este tipo de guerrero. A nivel moral, también es notable, con el rechazo cristiano del homicidio, la búsqueda de un perfil más relacionado con la práctica de la justicia que con la simple ferocidad. Comienza a asociarse al combatiente noble a caballo con la defensa de los débiles y de la Iglesia. Pero el modelo que se ofrece desde la jerarquía regia es más bien el de la sumisión a la autoridad, un modelo de servicio público antes que una exaltación individualista de la propia virtud.

Si bien aún no es determinante, ya puede decirse que el rol de estos combatientes, tanto en la guerra como en la vida social, es más importante de lo que era durante la etapa merovingia. El equipamiento militar personal es visto como un signo material de superioridad social. Pero siempre respondiendo ante una autoridad a la cual se ligan por una moral del deber. Esta autoridad se cimenta tanto desde lo institucional como desde lo económico, ya que de dicha relación depende la manutención del guerrero montado.

El nexo entre combatiente a caballo y vasallaje es evidente —incluso desde la etimología—, si bien resulta ambiguo. Por un lado, presenta aristas que preanuncian la sociabilidad caballeresca: el vasallo, en cuanto caballero, tiene una serie de derechos. Pero al mismo tiempo su servicio es una obligación que, en caso de no ser cumplida, puede ser sancionada: con la muerte, el exilio, la mutilación, dependiendo a qué autoridad se haya faltado. Lo que se espera del guerrero es servicio, no lucimiento personal. Podemos decir que aún estamos lejos del triunfo de la “proeza bélica”, que tan bien desarrollará Richard Kaeuper en sus estudios.⁴

El vasallaje se va dotando de un código, no siempre exento de contradicciones. El vasallo está obligado a ser fiel a su señor, y éste a encargarse de sus necesidades y

Karl Ferdinand WERNER, *Naissance de la noblesse*, Fayard, 1998. Se analizaron para este capítulo los capítulos VI (“L’administration et l’armée: transformations et permanences”, parágrafo “L’élite militaire et administrative”), IX (“Rang et dignités: des Mérovingiens aux Carolingiens”, parágrafo “La cour Merovingienne”), y XI (“La foi et la politique”, parágrafo “Pouvoir temporel et spiritualité”).

⁴ Véase al respecto Richard W. KAEUPER, *Chivalry and violence in medieval Europe*, Oxford University Press, 1999. (Primera edición en rústica, 2001).

protección. Esta ética irá determinando qué acciones y actitudes se consideran justas. Se exige fidelidad (al rey, al señor, a los parientes, a Dios). Pero la fidelidad al rey es vista tanto como dependencia cuanto honor. El monarca busca desviar la energía de sus súbditos de los asuntos y revanchas particulares, hacia las causas generales: vengar las ofensas que los vecinos han cometido contra *los francos*. Incluso en la guerra nunca se plantea el exterminio del enemigo. Se espera del guerrero noble que pueda tanto recurrir a las armas como a la negociación.

Del comentario que realiza sobre el *Poema de Luis el Piadoso y epitafios al rey Pipino* de Ermoldo el Negro, se pueden extraer las siguientes pautas de comportamiento de los guerreros nobles:

- Se espera que aconsejen al rey, mas no que le impongan sus opiniones sino que estén prestos a obedecer las suyas. Son más estimados cuando sus consejos se inclinan a la guerra que si lo hacen por la paz.
- Se valora su accionar más que sus palabras. Se espera de ellos sacrificio, incluso hasta consecuencias de gravedad. Que estén dispuestos aún a comerse sus caballos antes que abandonar un sitio por falta de recursos, con todo lo que dicho acto de extremo servicio implica, teniendo en cuenta el valor simbólico y económico de las cabalgaduras.

Son considerados una elite, y como tal se comportan: es difícil acceder por mérito propio a esta categoría social.

En las diversas fuentes que Barthélemy consulta, se remarca que el rey es el modelo de comportamiento para la nobleza, y a los condes se les encarga la tarea de cuidar que dicho estrato social no abuse de su poder. Es una tentativa de autorregulación que, aunque frecuentemente se muestre ineficaz, no deja de ser representativa de cuál era el ideal nobiliario que se perseguía.

Este ejemplo regio se ponía de manifiesto, entre otras cosas, en la función de protección que asumía con respecto de la Iglesia y de los débiles del reino (mujeres en general y campesinos). El rey comparte su deber con los fieles de alto rango, laicos y eclesiásticos. Los guerreros nobles son los auxiliares del soberano en el cumplimiento de su misión terrenal (militar y justiciera). Paralelamente reciben la cuota de poder y prestigio asociada a dicho rol.

Barthélemy encuentra, en la batalla sostenida por Carlos el Calvo y Luis el Germánico contra su hermano Lotario, en Fontenoy-en-Puisaye (841), ocasión de delinear el comportamiento deseable de un soldado cristiano: hay un intento deliberado por limitar la

matanza, se respeta el día domingo como momento de tregua y entierro de los caídos de ambos bandos, se hace penitencia por el alma de los fallecidos. Hay una cristianización del combatiente, pero el autor remarca que es más una adaptación de la religión a la moralidad guerrera, que a la inversa.

Los ataques de los normandos brindarán la oportunidad a los nobles de erigirse en protectores del pueblo, ya no sólo ejerciendo justicia sino defendiéndolo con las armas. Con ello el heroísmo se convertirá en una virtud apreciada en la descripción de todo miembro de dicho estamento. Esto, igualmente, no menoscaba la importancia dada a la habilidad para negociar con el oponente.

En la época del reinado de Eudes, que se inicia en 888, Barthélemy constata la existencia de un tipo de guerra que ya puede llamarse feudal. En su seno no se espera de los guerreros nobles una ferocidad ilimitada, sino la utilización de mecanismos de acuerdo como el rescate, ya esbozados en tiempos precedentes. Asimismo el pillaje debe verse contenido dentro de ciertos parámetros. Son acciones bélicas breves y medidas, según acota el autor. Es común también el recurrir al arbitraje de un tercero.

Según Barthélemy, a partir de la última etapa del siglo IX se comienza a producir lo que, esquematizando, se ha dado en llamar *mutación feudal*. En este contexto en que se hacen frecuentes enfrentamientos entre vecinos más o menos poderosos, se espera del guerrero noble que actúe con una lógica de venganza y represalia. Pero el autor puntualiza que la época es menos ruda, menos anárquica, menos en ruptura con el orden anterior de lo que tradicionalmente se ha sostenido. En todo caso, prefiere hablar de una “anarquía ordenada”.

Es interesante destacar el listado de fuentes mencionadas como proveedoras de datos acerca de la caballería en esta etapa:

- *Anales* del canónigo Flodoard
- *Vida de Geraud d'Aurillac*, de Odón de Cluny
- *Historia de Francia (888 – 995)* de Richer de Reims
- *Crónica* de Adémar de Chabannes
- *Historia* de Raoul Glaber
- *De moribus et actis primorum Normanniae ducum*, por el canónigo Dudon de Saint-Quentin

Sobre estos, el autor emprende un análisis de los códigos y límites de la violencia.

La venganza aparece como un expediente ambiguo, que genera violencia pero a su vez la canaliza. Para Barthélemy lo novedoso es la insistencia, en los textos, sobre una

moralidad propia del vasallaje: esta fidelidad llega incluso a eclipsar el ideal de bravura. Tal código consta de obligaciones precisas: una solidaridad de armas en la cual el vasallo presta su auxilio militar y su consejo político, mientras que el señor brinda su protección.

En esta época, el heroísmo parece haber quedado en un segundo plano. Cuando se hace referencia al “honor” en sentido positivo, este mayormente tiene resonancias materiales: la posesión de tierras, de castillos y fortificaciones. La moral del honor aparece en negativo, relacionada con aquello que puede resultar deshonroso, y con sus consecuencias, siendo la más dura y temida la pérdida de la herencia. Barthélemy describe al estrato dominante como un *establishment* más identificado con la propiedad, la prudencia, la astucia y el cálculo que con la virtud, la audacia, el coraje o la elegancia de formas.

Frecuentemente aquellos que debían ser solidarios entre sí (señor y vasallo, vasallos de un mismo señor...) se combaten entre ellos. Esto al parecer es así porque, en ocasiones, la relación resulta insatisfactoria para los intereses de alguno de los involucrados. No obstante, se van perfilando ciertos ideales: el vasallo heroico que gana su señorío a fuerza de valor; y el santo señor que con sus buenas acciones e intenciones cimienta una legitimidad.

Barthélemy sigue, en el primero de los casos, a Richer de Reims. Aclara que mucho de lo que leemos en la obra del mismo es ficción antes que historia, pero dicha estilización revela las preocupaciones de los sectores nobiliarios a los cuales iba dirigido el texto.

Richer relata la historia de Ingon, joven portaestandarte, leal al rey Eudes aún a riesgo de su vida, defendiéndolo incluso ante la mera sospecha de un posible ataque a traición. Su lealtad le vale como recompensa la guarda —posiblemente el señorío— del castillo de Blois, así como la mano de la viuda de quien fuera su anterior encargado. Este esquema se repite frecuentemente en las fuentes, remarcando un modelo en el cual, en el seno de la nobleza, el ascenso social se logra por mérito propio y se refuerza con un matrimonio ventajoso para el marido. La bravura del guerrero es recompensada al mismo tiempo con la gloria y la riqueza.

En paralelo se va perfilando otro modelo, tal vez más extendido en el mundo de lo cotidiano, en el cual se destaca la astucia y aún el recurso a la traición. En el momento en que Richer escribe, aún se consideraban estas actitudes parte de las maneras aceptables de hacer la guerra. El cronista destaca situaciones en las que el soldado noble debe adoptar un disfraz, debe encubrirse, para lograr sus objetivos militares en una determinada campaña. En las contiendas civiles, los vasallos parecen estar dispensados de actuar heroicamente, salvo cuando está en juego la vida de su señor. Por él hay que morir, no por la defensa de un

castillo. Incluso la deslealtad intenta ser justificada. Todo lo cual convive con demostraciones de mesura en la guerra, y de coraje en batalla.

En cuanto al ideal señorial, las fuentes mencionan personajes cuyos méritos los acercan a la santidad. Caso emblemático, para Barthélemy, es el de Geraud de Aurillac (aproximadamente 855 – 909), cuya biografía escribió Odón de Cluny (abad desde 940). Este demuestra la posibilidad de que un noble sea santo en el ejercicio de las armas. Se destaca que Geraud no fue clérigo por el hecho de su destreza militar ya que, dentro de la teoría de las dos milicias (la secular y la eclesiástica), la segunda tomaría sus integrantes entre aquellos que no eran aptos para las tareas bélicas. Según el hagiógrafo, Geraud era necesario “en el siglo” para la defensa del señorío de la Iglesia.

El escrito de Odón permite vislumbrar elementos de la educación de los niños de estos estamentos. En ella se combinan las armas y las letras. Dentro del primer género se incluye el manejo de perros de caza, el tiro con arco, en general todo aquello que propenda al desarrollo de la fuerza necesaria para utilizar el armamento de la época.

El santo Geraud se preocupa por el sufrimiento de los campesinos a su cargo, víctimas del pillaje de sus vecinos. Mas no se inclina a la venganza: está presto a perdonar a sus ofensores. Se lo presenta inclinado a ofrecer regalos a sus oponentes, en un intento por lograr su amistad y dulcificar sus maneras. Este tipo de actitudes se hacen evidentes en un episodio particular, en el cual Geraud, luego de tomar prisionero a un vasallo que cometía iniquidades, le da un sermón y luego lo libera, sin exigirle compensación material alguna. Dado que escenas como esta se repiten en otras fuentes de la época, Barthélemy se pregunta si tal comportamiento no estará demostrando cierta conciencia de pertenencia a un grupo social común, antes que la caridad propia de un santo.

Siguiendo la obra de Adémar de Chabannes, Barthélemy puntualiza que también en el contexto de Aquitania durante el siglo X, los caballeros prefieren la vida a un honor sin mácula. Los casos de perjurio y traición son frecuentes en la fuente, en un ámbito donde la captura de los enemigos nobles es mucho más habitual que su muerte en combate.

Esto se relaciona con la generalización de la práctica del rescate. El prisionero de elevada condición es tratado con cortesía, dosificándose las amenazas y las propuestas amistosas. El asesinato de los cautivos ya es socialmente sancionado. Esto de todas maneras no impide que, en ocasiones, se lleven a efecto cruentas venganzas incluso entre parientes más o menos próximos, habitualmente por motivos patrimoniales.

En general Barthélemy encuentra que aquellas actitudes en combate, que son percibidas como excesos (especialmente si la lucha es entre cristianos), ameritan una penitencia: donaciones hechas a algún monasterio, peregrinaciones. Sin embargo, esta conciencia no detiene en absoluto la actitud contenciosa de la nobleza. Actitud que, de todas maneras y como se ha visto hasta aquí, el autor está muy lejos de considerar indiscriminada o desprovista de límites.

De este análisis es posible inferir que, en gran parte, el comportamiento esperado en un combatiente noble se hace comprensible a la luz del estrecho vínculo establecido entre dicho sector social y el rey, en cuanto cabeza del estado (incluso en los momentos cuando el poder efectivo de la figura regia se ve debilitado, como a fines del período carolingio). De ahí la importancia, en el estudio de este modelo de conducta que podríamos denominar “protocaballeresco”, de una lectura clásica como lo es la obra de Karl Ferdinand Werner, *Naissance de la Noblesse*.

Para Werner, desde el Imperio romano cristiano se ha configurado una alianza entre el monarca y una elite política, que monopoliza el poder; alianza que persistirá hasta el declive del Antiguo Régimen. La militarización del Imperio a partir de la crisis del siglo III introdujo la disciplina y el modelo castrenses en el ámbito de la administración civil.

El autor considera que en este proceso es clave la personalización reforzada del poder del príncipe —evitando confundir este concepto con el de privatización— que se expresa en el hecho de que el brazo armado del Estado se liga mediante un juramento a *la persona* del príncipe.

Este modelo se reencuentra entre los francos en el siglo VII, cuando un juramento obligaba a los grandes del reino para con la figura del rey. Se vuelve aún más evidente con Carlomagno, quien se hace repetir los juramentos de fidelidad, siendo a un tiempo reconocido como príncipe y señor. De lo cual es posible extraer que en la conducta del noble, el valor vertebrador debía ser permanecer fiel a su señor, principalmente en cuanto este era su rey.

Dichas relaciones personales constituían un suplemento para la cohesión del Estado territorial. El rey dominaba a la nobleza y gobernaba a través de ella, dosificando hábilmente el castigo a los felones y la recompensa a los leales.

Uno de los requisitos que se esperaba cubriese el combatiente de este sector social, desde épocas merovingias, era una cierta formación áulica que se podía adquirir en el entorno de la corte regia. De las fuentes se desprende que tal preparación comprendía tanto

saberes militares como aquellos relativos a la administración estatal. Entre los francos, entonces, nobleza y cultura debían ir de la mano, más imperativamente cuanto más elevado fuera el rango social del individuo. Esta educación llevada a cabo en la corte, bajo patrocinio real, cimentaba, desde el principio de cada carrera, la relación de fidelidad hacia el monarca.

En aquella corte, donde convivían funcionarios civiles y eclesiásticos, se fue forjando un modelo de accionar, en el cual, según Werner, se daba una adaptación cristiana de la *dignitas* romana. Se desarrolló un concepto de disciplina que aplicaba sus reglas al vestido, al comportamiento, a la forma de expresarse y de actuar. Dicha formación común se fue diferenciando paulatinamente y, ya en el siglo XI, la Iglesia detentará el cuasi monopolio del saber culto.

En cuanto al componente religioso presente en el ideal de vida nobiliario, Werner destaca que este grupo social ha debido buscar, a la par que los reyes, la fundamentación de una vía propia hacia la Vida Eterna. En general tenía que ver con el servicio al señor terrenal, por medio del cual también se honraba al Señor celestial. Debía expresarse en la defensa y dotación de iglesias, y en la lucha contra los enemigos de Cristo. En este sentido cabe destacar que es, a partir del siglo IX, que la nobleza comenzó a declarar, como se percibe en las intituciones de los documentos, que su posición dentro de la comunidad es fruto de la gracia divina.

Dentro de la nobleza franca carolingia y postcarolingia, Werner destaca la importancia de los *vassi dominici*. Unidos al rey por un juramento de fidelidad que entrañaba obligaciones mutuas, este tipo particular de noble y el rey establecían un nexo comparable al parentesco. El autor considera que dicho vínculo personal operó un cambio en la ética nobiliaria: esta fidelidad hablaría de una pertenencia más directa al señor — individualizado— que a la cosa pública, dado que el honor provenía del primero.

La lectura detenida de ambos textos reseñados permite, en conclusión, delinear un perfil básico de la conducta esperada para los miembros de los sectores nobiliarios dedicados a la función bélica, en el período carolingio y post carolingio, en los cuales el concepto de fidelidad resulta central, más allá que se contemplen matices y excepciones a la misma. La profundización en este estudio implicará el análisis de fuentes primarias, siendo para ello de suma utilidad la guía brindada por ambos autores.